

EL ALIENTO DE LOS MAESTROS

Comentarios a la reseña de J. Pérez Guerrero sobre *Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia*.

Para Mónica, *in memoriam*
*«En mi paleta de color me falta azul
 sin ti.»*
 (Milesa, *Huérfano*)

Me siento en verdad muy agradecido por la esmerada, iluminadora y sumamente amable reseña que Javier Pérez Guerrero ha escrito de mi libro *Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia* (Ápeiron Ediciones 2020). Mi ensayo vio la luz en medio de este caos en el que todos nos encontramos y en el seno de un exilio íntimo que tenía sus propias características, que no viene al caso comentar ahora. En ese exilio traté de esmerarme adiestrándome en el ejercicio del estudio, que es, si atendemos al significado de la palabra latina de la que proviene —*studium*— un afán, una forma de amor. Quizá ese estudio, ritualizado en lecturas y escrituras de anotaciones, me mantuvo despierto, en cierto modo vigilante o alerta, y quizá por ello me ha gustado la forma en que Javier comienza su reseña, recordando un fragmento de Heráclito en el que, en otro contexto, yo mismo había reparado hace tiempo, y que a menudo he citado a mis estudiantes en mis clases cuando les quería hablar del mundo *común*, ese mundo del que hablaba Hannah Arendt y que —siguiendo a Edmund Burke en sus *Reflexiones sobre la Revolución francesa*—, según ella misma también admitía, compartimos

con nuestros antepasados y ya no están entre nosotros, con nuestros contemporáneos y con los que todavía no han nacido y están por llegar. Es cierto, que como Javier anota, mi libro tiene que ver con «personas dormidas y despiertas», con «maestros que despiertan amorosamente a otros para compartir un mundo íntimo y, a la vez, común», y con «discípulos que despiertan gracias a la mirada y a la palabra del maestro». Se trata de un «despertar» que tiene que ver con el tiempo y con la historia —despertar y dejarnos iluminar por lo que el tiempo pasado nos ha legado, y merece ser recogido atentamente y estudiado— y, por eso mismo, tiene también que ver con uno de los fundamentos de la cultura, uno que posibilita la transmisión, y toda buena pedagogía: el duelo. Necesito explicarme sobre esto. Mientras escribía mi libro me di cuenta de que lo que estaba haciendo era una especie de elogio de la figura del maestro y de la relación entre maestros y discípulos, un tipo de relación del que la literatura y la filosofía ha hablado en formas luminosas e inquietantes y que, en los discursos pedagógicos actuales, o en algunos de ellos, parece hoy omitida, cuando no despreciada intelectualmente. Las palabras *elogioun* y *elegeion* remiten a la inscripción escrita sobre una tumba o sobre una imagen con la intención de alabar a un difunto o a un personaje conocido. Un elogio es pues una forma de ritualización del llanto por la pérdida de algo o de alguien que merece alabanza, un recuerdo agradecido, y se inscribe, pues, en el duelo. En nuestra época tan desmemoriada

conviene recordar de vez en cuando la importancia que tiene hacer un sitio a los difuntos, a los desaparecidos, para que sigan estando entre nosotros, los vivos. Porque el ser humano hace comunidad, como antes decía, con sus contemporáneos, pero también con los que ya no están y con los que vendrán, con los no nacidos. El lazo que une a las generaciones, más que biológico, es, en este sentido, de naturaleza espiritual. Por eso, desde antiguo, en los ritos funerarios constatamos la desaparición del difunto, y tratamos de garantizar que el ser amado que acaba de irse perdura en nuestra memoria viva, como una presencia invisible, un espíritu (*spiritus*), que en griego se dice *psykhe*, y que significa «aliento». Así, el difunto, en su aliento, nos inspira, impulsando nuestra vida mediante nuestra capacidad para tratar de crear algo hermoso, digno de ser mirado, escuchado, leído. El propósito del duelo tal vez no sea la comprensión, pero quizá permite crear algo bueno en medio de ese horrible caos que tenemos entre manos cuando la persona amada ha muerto. Lo que, entonces, funda la cultura, y su posibilidad de transmisión —del pasado al presente— es, así, el duelo (el dolor, el llanto por los desaparecidos), un llanto que se hace público y que se comparte, un llanto con el que tratamos de paliar la ausencia de los que ya no están físicamente a nuestro lado. Pero para que esto ocurra, uno tiene que dejarse *influir* por ellos, los ausentes. Se trata de saber elegir qué tipo de influencia estamos dispuestos a admitir en nosotros, si la más grande, aunque nos cueste seguirla, o la más pequeña.

Dejarnos influir por las obras y creaciones de los maestros del pasado y por los que la vida nos pone en el camino de nuestra existencia mortal y finita. Porque nos dolemos y sufrimos la ausencia de los que ya no están, recurrimos a ellos a través de ese lazo espiritual que todavía nos une y recogemos, a través de sus obras, lo que dijeron. Al hacerlo podemos transmitirlo a los más jóvenes, simplemente porque los consideramos dignos de formar parte del mundo y de estudiarlo, un mundo que, siendo común, es una *exterioridad* que nos advierte de una verdad a menudo hoy olvidada: que el mundo no termina en nuestro ombligo.

En su reseña, Javier valora el capítulo sexto de mi libro —‘La inquietante presencia’— que, según comenta, es «quizá sea el más difícil, pero también el que mejor se adentra en ese misterio de la influencia del maestro». Ese capítulo me vino como un fagonazo, ahora lo recuerdo, y prácticamente lo escribí del tirón, al recordar la famosa escena de la magdalena de la gran obra de Marcel Proust *En busca del tiempo perdido*, donde el escritor francés descubre la memoria involuntaria. Ese capítulo comienza con una cita muy hermosa del bello libro de mi querido amigo Jorge Larrosa (2019, p. 245), que dice así:

En el aula hay algo que se recibe, que se conmemora, que se hereda, algo a lo que se atiende, pero la estructura misma del aula suspende cualquier conexión normativa con el pasado. Por eso el aula no es un templo, pero podría ser una orla desacralizada del templo. Y hay en el aula algo que se busca, que se persigue, algo a lo que se tiende, pero el aula

suspende cualquier relación proyectiva con el futuro. Por eso el aula no es un lugar de producción, no es una fábrica, pero podría ser una orla desactivada de la fábrica. En el aula el pasado no pesa, el futuro no está anticipado y el único tiempo que cuenta es el presente, es decir, el momento en que algo se presenta, se hace presente, o se trae a la presencia.

Es de esta presencia de la que hablo ahí, una presencia que nos devuelve el presente como *densidad*, como algo que pasa pero que no transcurre, como algo que deja en la conciencia, en una suerte de eternidad, la experiencia que hemos realizado leyendo, junto a nuestros maestros, esa obra, ese poema, ese fragmento, ese encuentro. En su excelente libro *Tiempo y música*, la filósofa ginebrina Jeanne Hersh (2017, p. 53) escribió que, en verdad, el ser humano no cesa de pasar y, sin embargo,

sigo considerando como verdaderos algunos pensamientos que son muy antiguos, y los hombres que vivieron en culturas ya extinguidas pueden continuar siendo mis hermanos. Algo persiste a través de lo que pasa, pues de otro modo yo no sería un ser humano.

Por eso, todo pasa en cada instante, pero ese poema que leo perdura entero, y eterno, en mi conciencia, y no solo en mi recuerdo. De ese modo, el presente, en el que «me hago presente», es una densidad, tiene ser, no es meramente un instante fugaz sino una duración: el presente permanece en nosotros.

Pues bien creo que la escuela (*skholē*) permite experimentar este tipo de presencia, la escuela entendida, como le gusta decir a Jorge Larrosa, como la

casa del estudio, ese lugar suficientemente apartado de los ritmos habituales del mundo (productivo) en el que poder practicar el tiempo libre (*otium*), que es el tiempo propiamente humano. El lugar en el que, por decirlo con una hermosa expresión de Javier, se «convoca a la experiencia de la vigilia compartida», y donde uno tiene la oportunidad, en el encuentro entre las generaciones, de encontrar la herencia espiritual y moral que nos pertenece. Es ahí donde *quizá* (y este «quizá» anuncia un acontecimiento posible) profesores —hombres y mujeres que decidieron dedicar su vida al oficio de enseñar y transmitir— y estudiantes, devenidos en maestros y discípulos (los unos sin haberlo pretendido, los otros habiéndolos elegidos como tales), pueden llegar a ser amigos, compartir esa *philia* que es una forma de amor, un deseo de querer estar siempre próximo de lo que se ama o de la persona a la que uno ama. Sin esa proximidad no es posible que se de la presencia de unos y de otros en lo que hacen, en aquello que se coloca en medio y que convoca la atención, el estudio cuidadoso y meditativo, la buena lectura. No puedo sino estar completamente de acuerdo en lo que Javier dice sobre esta amistad:

Los amigos no se relacionan entre sí como complementarios, sino que se relacionan entre ellos como consigo mismos. El amigo es como otro yo. Por este motivo hay algo en la relación de amistad que ilumina un aspecto esencial de la influencia pedagógica que la relación erótica y su juego de seducción no consigue aclarar del todo, porque los amigos, como el maestro y su discípulo, son, en efecto, enamorados,

pero de aquello que los vincula en una dualidad concordante (Pérez Guerrero, 2021, p. 268).

Nuestra situación actual, y me refiero ahora a la Universidad, no puede estar más alejada de estas consideraciones. Algunos de los que considero mis maestros, porque me influyeron a través de sus obras, tuvieron que abandonar la Universidad porque en ella ya no podían desempeñar lo que consideraban era su deber y su amor: enseñar y transmitir. Es dolorosísimo que esto ocurra, y que acontezca precisamente a causa de quienes creen que eso de ser profesor ya no es un oficio milenario dotado de una dignidad y una nobleza que a muchos se les escapa, o que confunden el aula —adonde, decía María Zambrano, se va a aprender de oído— con un espacio para emprendedores, quienes, en fin, encuentran ridículo que un profesor, un maestro, cuando enseña, lo haga desde una biblioteca en vez de con cachivaches

tecnológicos. Un mundo así nos hace pensar a algunos en una especie de retirada a tiempo. Pero aguantaremos un poco más, hasta que los nuevos bárbaros lo dominen todo, es decir, cuando ya no sea posible, en la enseñanza y en el encuentro pedagógico, «la conversación entre amigos que, más allá de las generaciones, forman una comunidad espiritual entregada a la renovación del mundo común, y que constituye la esencia de la universidad» (Pérez Guerrero, op. cit., p. 270).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Hersh, J. (2017). *Tiempo y música*. Acantilado.
Larrosa, J. (2019). *Esperando no se sabe qué. Sobre el oficio de profesor*. Candaya.
Milesa (Mónica Garre) *Huérfano*. <https://www.youtube.com/watch?v=BsmKuQ4FTMs>

Fernando Bárcena
Universidad Complutense de Madrid